



NÚMERO 1

• INTROSPECCIONES

• SEPTIEMBRE 2020



Introspecciones.

En este primer número conformado únicamente por textos del equipo de la revista, la intención es mostrarnos como individuos y como agrupación. Aquí presentamos las visiones que cada uno experimenta frente al fenómeno musical y constituyen a Cluster como comunidad. “Introspecciones” nos refleja en un espejo verbal. ¿Qué significado tiene la música en nuestras vidas? ¿Cómo nos entendemos a través de ésta?

Con una propuesta visual basada en la nueva imagen de la revista, retomamos algunos textos ya publicados e incorporamos otros inéditos, que consideramos representan de la mejor manera a sus respectivos escritores. De esta forma, esperamos que nuestros lectores puedan conocernos por medio de éstos.

Sin más, los invitamos a adentrarse en nuestro universo musical y creativo, como una primera presentación formal de nosotros como equipo y de Cluster como revista.

conte nido

- 1 ACOMPAÑANTE**
CLARA HOFFMANN DE BUEN
- 2 CANCIONES EN COCHES**
MATHIAS BALL ESCAMILLA
- 3 DISECCIÓN DE UNA MILONGA COMPARTIDA**
BRUNO ARMENDÁRIZ TORROELLA
- 4 MIXTAPES**
MATHIAS BALL ESCAMILLA
- 5 EL HOMBRE EN EL PLANETA**
ALEX RAMÍREZ NOREÑA
- 6 MUSI...¿QUÉ?**
MARIANA SÁNCHEZ LÓPEZ SANTIBÁÑEZ
- 7 MARTES**
CLARA HOFFMANN DE BUEN
- 8 POSIBILIDADES SINFÓNICAS
DE UN PARENTESCO INFESTO**
BRUNO ARMENDÁRIZ TORROELLA
- 9 SILENCIO**
MARIANA SÁNCHEZ LÓPEZ SANTIBÁÑEZ
- 10 TAREAS INÚTILES E INTRODUCCIÓN A LA INMENSIDAD**
ALEX RAMÍREZ NOREÑA

ACOM PAÑANTE

Por Clara Hoffmann De Buen

5:55 AM

yellow is the color of her eyes - Soccer Mommy

After the Storm - Mumford & Sons

Hey Jo - The Districts

Primera taza de café. Agua corriendo, ojos hinchados. Suelo sólido y frío, pasos inseguros. Un desencuentro con la ropa que te pertenece, la imposible decisión entre comodidad o estilo. ¿Deberías llevar un abrigo? ¿Hará demasiado frío? ¿Te arrepentirás de usar tales zapatos? No tienes suficiente tiempo, las canciones son demasiado cortas. Apenas va el puente de “Hey Jo”, ¿llegarás a tiempo si esperas a escuchar el final?

6:45 AM

Morphine - The Ninjas

Mamma Mia - ABBA

Lost in the Supermarket - The Clash

Aire helado choca contra tu cara, cierras tu chamarra. Desenredas los audífonos que traes en el bolsillo, esperas que tu mamá no se de cuenta que escuchas música mientras caminas. Ojalá amaneciera más temprano. Tres canciones, quince minutos. Evitas la mirada de los hombres frente a ti y te concentras en la letra: mamma mia, here we go again.



10:10 AM

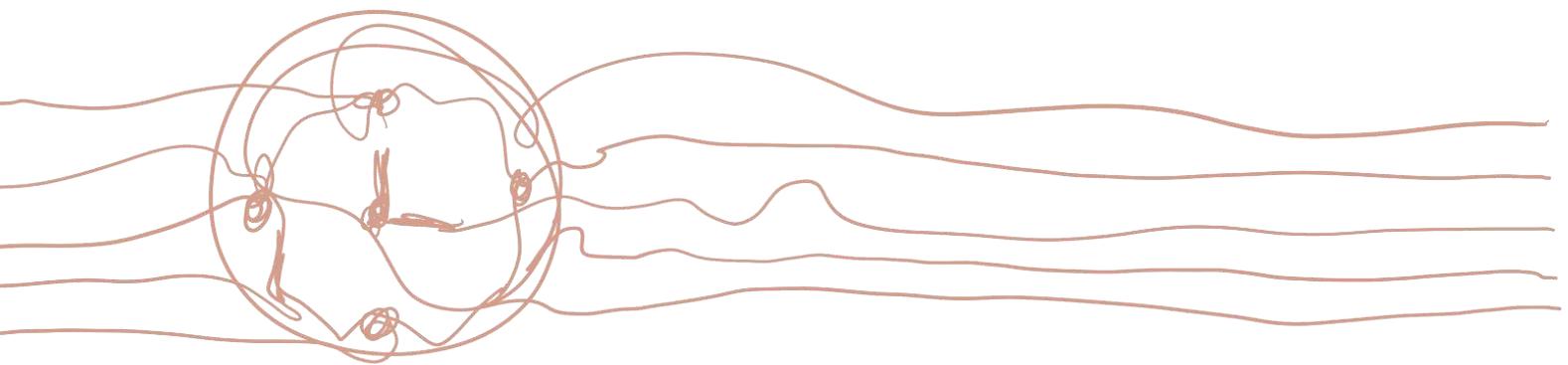
Abusey Junction - KOKOROKO

Time Moves Slow

(feat. Sam Herring) - BADBADNOTGOOD

Ain't Misbehavin' - Fats Waller

Segunda taza de café. ¿Cuánto tiempo le queda a esta clase? Persigues los rayos de sol que se asoman por la ventana. Mensajes en secreto, miradas traviesas. ¿Quién pone música? Cuando alguna te gusta, gritas: "¡¿Cómo se llama?!" Pides una canción sin letra, si no te desconcentras. Alzas la voz para ser escuchada por todos, pides que le cambien a "Time Moves Slow". Risas estruendosas, historias compartidas.



1:30 PM

Give Me Your Fire, Give Me Your Rain - The Paper Kites
Holy Toledo - Vundabar
Stop and Go - The Regrettes

Comidas veloces, mejillas sonrojadas. Encuentros en los pasillos que recuerdas el día entero, ¿habrás quedado como tonta? Salones encerrados, ¿podemos abrir la ventana? Si sales del salón ahora, ¿encontrarás al chico que te gusta? Última clase, audífonos escondidos. Click, click, click, el bolígrafo en tu mano al ritmo de “Stop and Go”. De pronto crees haber tomado demasiado café. Preguntas una vez más: ¿a qué hora acaba esta clase?

5:15 PM

Don't Know How to Keep Loving You - Julia Jacklin
Two Ghosts - Harry Styles
Don't Know How to Love You - Haley Reinhart

Abrazos de despedida, ¿hablamos más en la noche? Luz dorada entre los árboles, decides tomar el camino largo. Música al regreso, tu playlist favorita. Si tuviste un buen día, ¿por qué música triste? Pasos junto al bajo de “Don't Know How To Keep Loving You”. Zapatos fuera apenas llegas; comes lo primero que encuentras. Estás completamente sola y cantas en la cocina. Agradeces que Harry Styles haya pasado por lo mismo que tú y esperas que los vecinos no te puedan escuchar.

7:38 PM

Yesterday Was Hard on All of Us - Fink

Sunday Stroll - Benny Treskow

Laura Palmer's Theme (Instrumental) - Angelo Badalamenti

Tercer café del día. Si no acabas la tarea hoy, ¿te dará tiempo en la mañana? Baladas de piano, voces tranquilas. Resistes impulsos por cantar, se te olvida lo que escuchas. Empezarás a las 8PM, por ahora puedes descansar. Deseas saber tocar “Sunday Stroll” en piano, quizá algún día lo logres. ¿Ordenarás tus playlists? No, debes trabajar. Mirada perdida, distracciones sencillas.

9:45 PM

Gypsy - Fleetwood Mac

Artificial Paradise - Vlad Holiday

Paul - Big Thief

Tareas olvidadas, responsabilidades abandonadas. Conversaciones inquietantes, corazón acelerado. ¿Cuánto tiempo pasará antes de responder todos los mensajes ignorados? Aprovechas que tu familia sigue despierta para subir el volumen de la música. Humores polarizados, ¿por qué no me contestan? Arranques de energía, bailes sorpresivos al son de “Artificial Paradise”. Escuchas “Paul” tres veces, aún te equivocas en la letra del segundo verso.



10:58 PM

Rooms on Fire - Stevie Nicks

Blurry - Puddle of Mudd

The Show Must Go On - Queen

Ojos hinchados, sueño necesario. Cepillo de dientes en la mano, audífonos listos. Stevie Nicks comienza a cantar y no puedes evitar bailar. Le cantas a tu reflejo, te ríes sola. ¿Estás sola? Deberías ir a dormir, pero si “The Show Must Go On” está escrita para ti. Te dices que si duermes a las 11PM todavía consigues una buena noche de sueño. Escuchas una más. No estás sola.

canciones en COCHES

Por Mathías Ball Escamilla

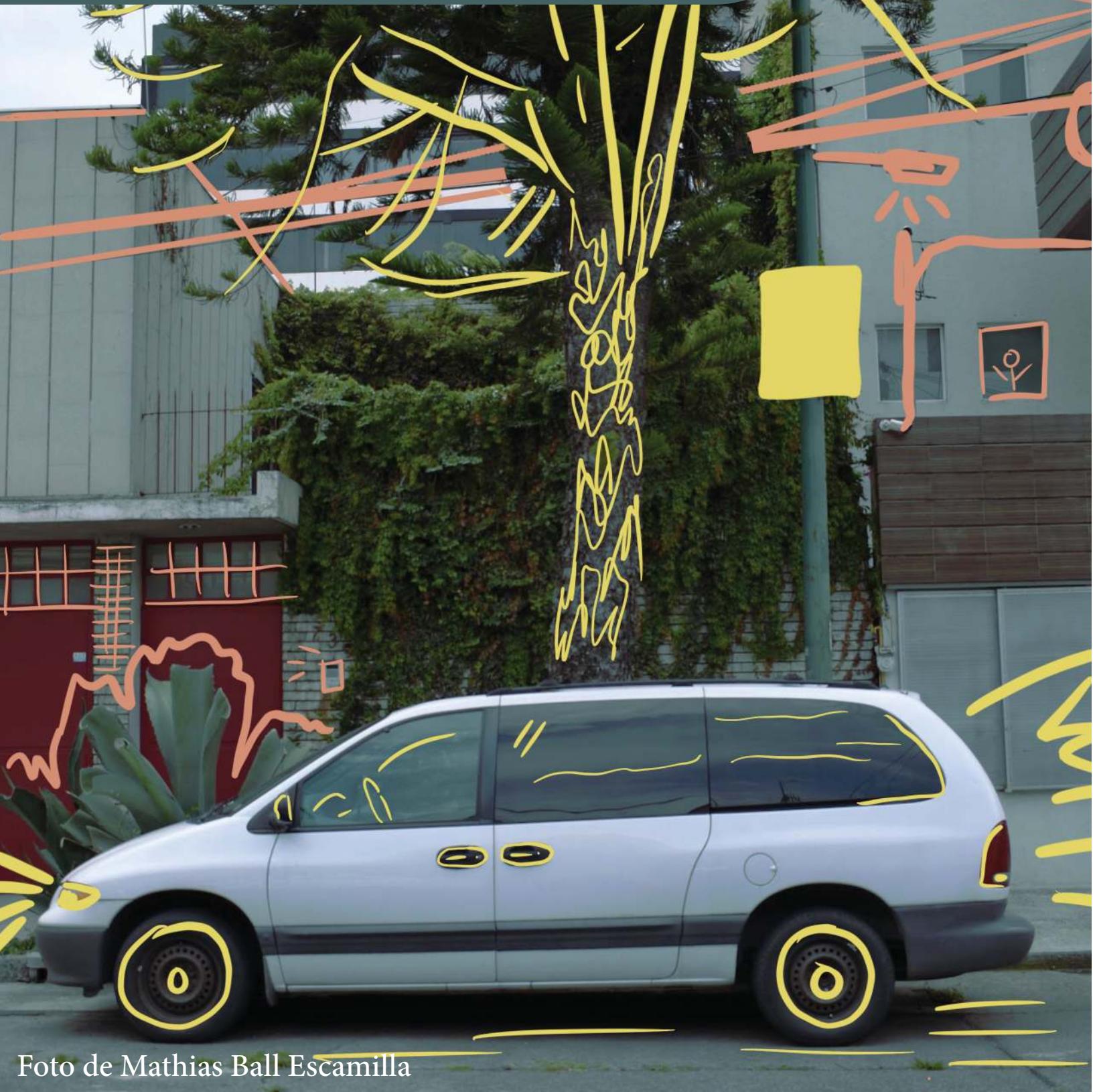


Foto de Mathias Ball Escamilla

Cuando era niño había pocas cosas más odiosas que pasar demasiado tiempo en el coche, especialmente en los viajes que tomaba con mis papás, en los que las horas eran interminables, y el aburrimiento, abrumador. Las cosas mejoraron después de que me regalaron un GameBoy y le agarré el gusto a la lectura, pero no fueron soluciones definitivas: nunca duraba las siete u ocho horas de un viaje distraído con alguna de esas actividades. En algún punto me veía obligado a entregarme al sopor que me inducía viajar de pasajero en el auto —un sopor detestable, ya que rara vez lograba dormir— y ver al mundo pasar por la ventana, demasiado rápido como para captar algún detalle; o mirar fijamente el respaldo de adelante, perdiéndome en la textura de la cabecera. Todo cambió cuando empecé a escuchar música.

No me malinterpreten, seguramente hubo música en casi todos, si no es que todos, los viajes en coche que tomé de niño (recuerdo un viaje veraniego de Lausanne a Praga con mis papás en el que sólo escuchamos un CD de The Cranberries que por alguna razón jurábamos era Cher). Más bien debí haber dicho que todo cambió cuando empecé a escuchar mi propia música: la música que escuchaba porque yo quería, no porque me la habían impuesto. Eso empezó en quinto de primaria gracias a Youtube y Frostwire. Como contaba con tiempo limitado para usar la computadora y no tenía aún un reproductor portátil de MP3, la única opción que tenía para escuchar mi música era quemando CDs. Todo un año sobreviví a base de mix CDs que me hacía, muchas veces repitiendo la mayoría de las canciones pero agregando lo más nuevo que había descubierto o simplemente alterando el

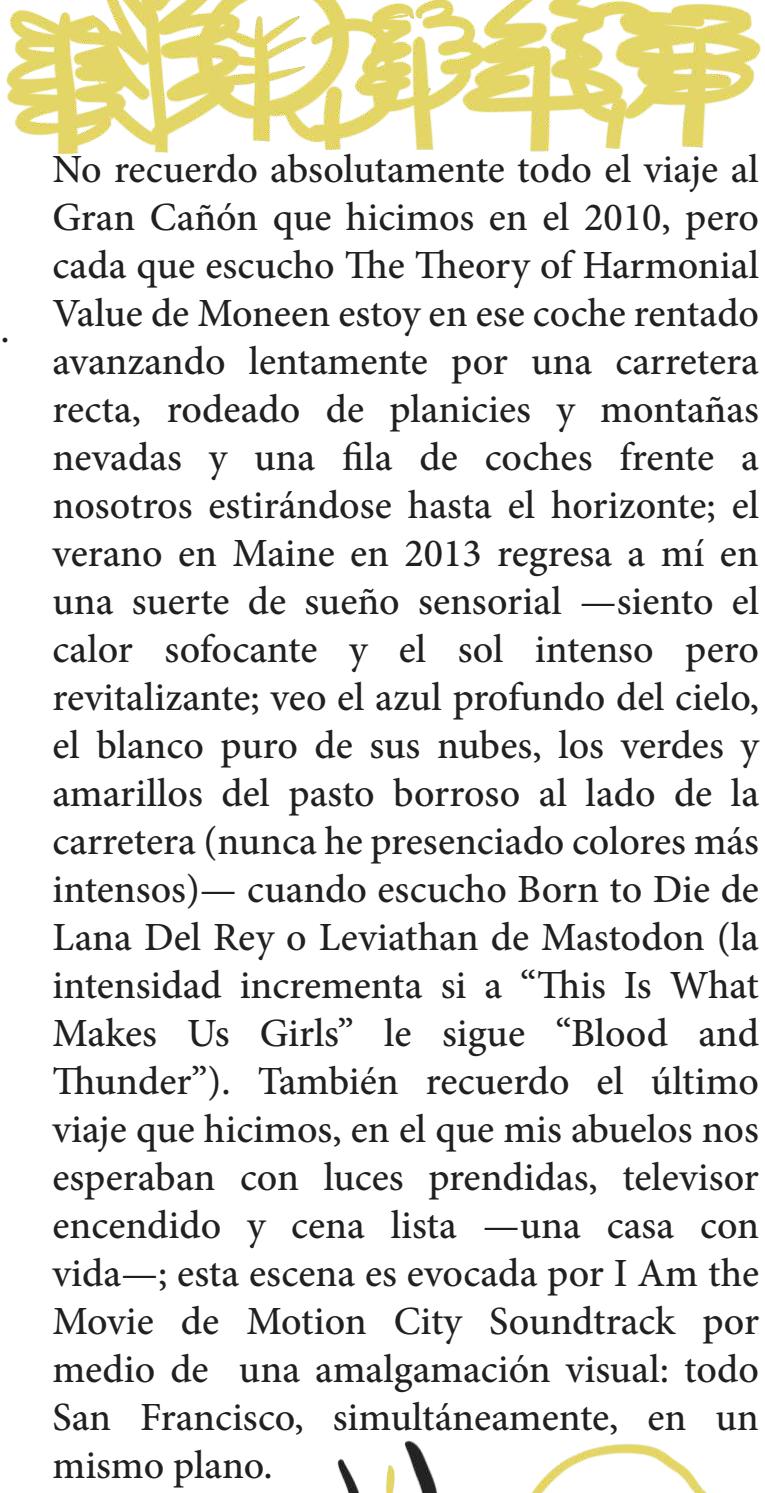
orden. Para ese momento los viajes en coche todavía eran tortuosos (aunque la intensidad de la tortura definitivamente disminuyó) pero ya estaba encaminado hacia la revelación del coche como un lugar —a veces móvil, otras veces estático— especial y realmente hermoso para disfrutar de la música.

A finales de quinto de primaria fue cuando compré mi primer CD, Minutes to Midnight (2007) de Linkin Park. Ese verano compré mis siguientes tres: Billy Talent II (2006) de Billy Talent, Does This Look Infected? (2002) de Sum 41, y Cruel Cruel World (2006) de Prözzak. El primer recuerdo nítido que tengo de un recorrido en coche ligado a un álbum es justo de ese verano en California. Estaba con mi papá en casa de mis abuelos, en San Diego, cuando nos llamaron para informarnos de la muerte de un tío más al norte del estado. Creo que ese mismo día salimos—sólo mi papá y yo—rumbo a Los Ángeles, donde llegaría mi tía, que vivía fuera del estado. El disco de Prözzak es el que asocio con ese camino de ida. Cuando escucho las últimas dos canciones, “Cruel Cruel World” y “I Want to be Loved”, siempre visualizo esa noche: Los Ángeles como una mancha luminosa creciente en el horizonte negro; mi papá y yo, silenciosos dentro de la Dodge Caravan ‘98 de mis abuelos (sobre la cual leerán mucho); la carretera enorme y vacía, encerrada por ambos costados por paredes de concreto; la luz amarilla que nos iluminaba a nosotros y al pavimento grisáceo. Durante pequeños instantes pasábamos debajo de los faros; después nos reintegrábamos a la oscuridad de la noche para volver a tocar la luz fugazmente y regresar a la oscuridad,

abandonados y acogidos en un ciclo permanente. Pasé muchas horas debajo de esas luces, moviéndonos de norte a sur, este a oeste, atravesando California en verano o invierno, pero sólo ese álbum, esas dos canciones, las invocan en mi mente con una nitidez increíble.

En el camino de regreso ya no había prisa, así que el viaje fue más relajado. Salimos a buena hora para no manejar de noche y nos encaminamos por la ruta más bella, la carretera 101 que va a lo largo de la costa. Ese recorrido se reduce en mi memoria a un momento y una canción: ya casi al final del viaje (y de Harry Potter and the Deathly Hallows), sentado en el asiento de hasta atrás, veo por la ventana una planta nuclear entre el océano y nosotros, oscurecida, como el cielo, por el tinte del vidrio; desde el primer instante en que la divisé hasta que se perdió en la lejanía, no hubo nada en el mundo más que mi papá y yo en la camioneta y la planta silenciosa de afuera; suena “Worker Bees” de Billy Talent y, desde entonces, siempre que escucho esa canción se reproduce esa escena en mi mente.

Ese trágico viaje veraniego inauguró una lista extensa de recuerdos musicalizados sobre ruedas. Muchos son de roadtrips con mis papás, de cuando todavía no podía manejar y estaba obligado a ser testigo de todo sin participación activa, desde el asiento de atrás (o el de hasta atrás). Pero, mientras que de chico detestaba esas largas horas, poder escuchar mi propia música ayudó a que me relajara y me permitió no sólo apreciar todo lo maravilloso que tenía el privilegio de ver sin distracciones, sino que también me ofreció un espacio para fijar esas memorias y poder visitarlas en cualquier momento, sin necesidad de capturarlas en una foto o un video.



No recuerdo absolutamente todo el viaje al Gran Cañón que hicimos en el 2010, pero cada que escucho The Theory of Harmonial Value de Moneen estoy en ese coche rentado avanzando lentamente por una carretera recta, rodeado de planicies y montañas nevadas y una fila de coches frente a nosotros estirándose hasta el horizonte; el verano en Maine en 2013 regresa a mí en una suerte de sueño sensorial —siento el calor sofocante y el sol intenso pero revitalizante; veo el azul profundo del cielo, el blanco puro de sus nubes, los verdes y amarillos del pasto borroso al lado de la carretera (nunca he presenciado colores más intensos)— cuando escucho Born to Die de Lana Del Rey o Leviathan de Mastodon (la intensidad incrementa si a “This Is What Makes Us Girls” le sigue “Blood and Thunder”). También recuerdo el último viaje que hicimos, en el que mis abuelos nos esperaban con luces prendidas, televisor encendido y cena lista —una casa con vida—; esta escena es evocada por I Am the Movie de Motion City Soundtrack por medio de una amalgamación visual: todo San Francisco, simultáneamente, en un mismo plano.



Si los recuerdos anteriores encapsulan toda una experiencia —su esencia y su núcleo—, los siguientes ofrecen meramente una mirada incompleta, sin contexto. Son momentos mundanos, completamente banales, casi insignificantes; poco más que destellos de luz y sonido rodeados de un vacío. “Zero” de los Yeah Yeah Yeahs es dar la vuelta sobre Insurgentes, la luz del sol casi cegadora; “What Me Worry?” de St. Vincent es acompañar a mi mamá a Polanco en una nublada mañana sabatina; “68 State” de Gorillaz me remonta a un paseo por Coyoacán con mi tía y mi abuela; “Shadow” de Wild Nothing me tiene relajado, pasando a lado de Perisur sonriente con mi novia. A pesar de su aparente falta de importancia, atesoro tremadamente todas estas memorias efímeras y agradezco profundamente (no sé a quién) mi acceso a ellas, un acceso hecho posible por la música.

En el proceso de escribir este texto me percaté que en todos estos recuerdos de mi vida, sin importar qué tan insignificantes sean, estoy acompañado. Ya fuera con alguien de mi familia o alguna amistad, son siempre momentos que compartí con alguien a quien quería. Así es que, mientras que disfruto mucho de regresar al Gran Cañón nevado, a los colores intensos del verano de Maine o a San Francisco, estoy mucho más apegado a los álbumes que me traen a la mente una experiencia precisa con alguien querido, donde las vistas y los sonidos al exterior del auto son secundarios a la alegría pura que experimenté dentro de él. En estos recuerdos soy tan feliz, no hay una sola cosa que cambiaría de esos momentos. Puede ser cruzar el Bay Bridge a medianoche con dos de las mejores personas que he conocido, con



un “In a Poem Unlimited”, de U.S. Girls, apenas audible sobre el rugido del viento; o los besos y caricias torpes pero tiernos del primer amor en la parte trasera de mi camioneta al ritmo ecléctico de “Life Is Full of Possibilities” de Dntel. He sentido tanta felicidad dentro de los confines de un automóvil con sus bocinas cantando. Me aterra la idea de un viaje en coche sin música, no porque crea que todos esos recorridos puedan ser un recuerdopreciado a punto de suceder, sino porque ese espacio sónico es el más placentero de habitar; es albergue y paraíso, es paz y placer; es donde quisiera estar todo el tiempo, por eso recuerdo tanto.



Por Bruno Armendáriz Torroella

Disección de UNA MILONGA COMPARTIDA

«[...]la música la desnudaba de una manera diferente, la volvía cada vez más *ella* porque *ella* no podía ser solamente esa mujer que siempre me había mirado de lleno sin ocultarme nada.»

Julio Cortázar

Orientación de los gatos

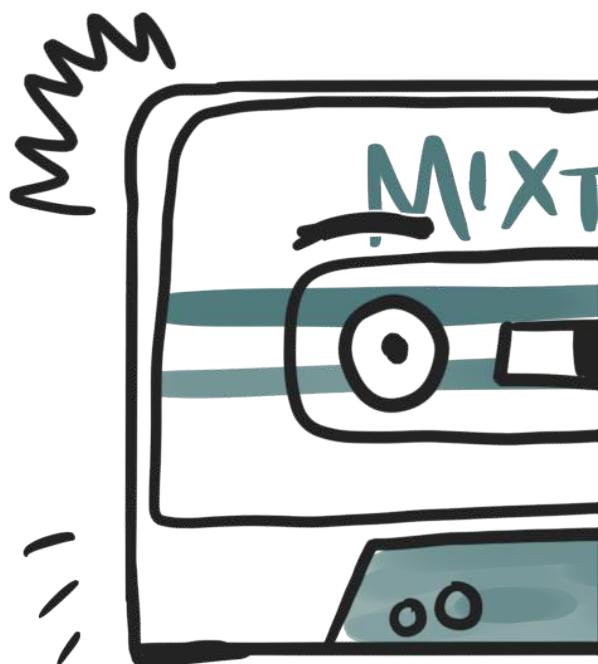
La noche anterior, por primera vez y por fin, te vi por accidente, te viví sin cálculos, te encontré perdida y plena en un combate hacia el exilio, navegando con tus brazos el contorno de la noche, donde piel y sombra se fundían y se apagaban. Allí, contra las súplicas del tiempo, se erguía tu respiración; tu inhalar estricto hecho marea en mis ojos, y mis ojos vueltos tu negro vaivén. Apenas lo supe, mis nervios se agolparon en la cosquilla del viento como una colmena tintineante.

Tú, la noche anterior, me despertaste bailando. Y si acaso yo intuía con algún azar de cadera o de cuello las trampas del ritmo, pronto se volvieron una convicción imposible, un monumento de tranquilidad destruida. Los bordes, las esquinas y las llamas hubieran querido apaciguarle en su simpleza, pero tú te expandías liberada por un azúcar de extravío: inusual, abundante, irresuelta y absoluta, interminable como una ilusión inconforme.

Uní tus notas en desorden, aquellas notas perspicaces convertidas en gaviotas. Después me dediqué a recolectarme; coleccióné mis partes aturdidas, me fundí a tu imagen desafiante y exquisita y respiré de nuevo una roja frescura, aquel filo ciego que pudiera degollar ciruelas sobre infiernos de almíbar. Se mezclaron los deseos en una suerte de piernas y cabellos, se reinventaron los andares cotidianos transformados en una conversación profusa, un desenfreno de palabra y manzanilla, un suspiro de leche entre tus manos. La noche anterior, te viví sin cálculos, te vi por accidente, y a pesar de mi cuerpo fui contigo en un movimiento, irreductible y recóndito, como la vida que incorporas al bailar.

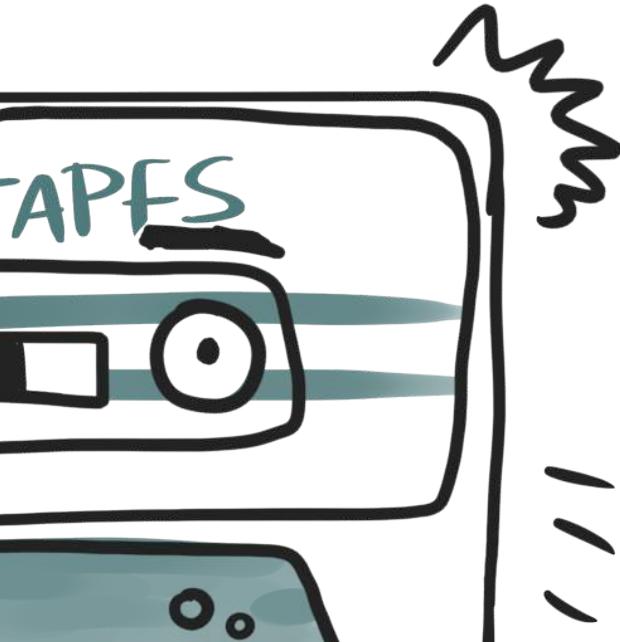
Estoy seguro que la mayoría de nuestrxs lectorxs tienen la misma relación con los cassettes que yo: son un artefacto del pasado que nos tocó por muy poco tiempo o demasiado temprano en nuestras vidas como para haber creado un lazo personal. Si en algún momento anhelamos el cassette no es por experiencia propia, sino por una nostalgia indirecta: tal vez unx conocidx, tal vez una ficción nos la transmite. En cualquier caso —hayamos sentido la más mínima agitación en nuestro corazón por ese obsoleto rectángulo de plástico o no— creo que como generación no apreciamos suficiente al cassette, tomamos por sentado todo lo que nos brindó; quizá ni estamos del todo conscientes de los cambios que trajo al mundo musical.

Philips no desarrolló la tecnología para grabar y reproducir sonido con bandas magnéticas, tampoco fueron los primeros en fabricar cartuchos para su almacenamiento y manejo; sí fueron los primeros en diseñar un formato realmente práctico. La compañía neerlandesa introdujo el compact cassette al mundo a principios de los 60. Inicialmente la calidad sonora era pobre y sólo podían reproducir sonido en mono, pero avances tecnológicos permitieron que el cassette derrocara al 8-track tape y tomara su lugar en el trono de la reproducción de música, el cual compartía con el LP. Eventualmente el cassette mismo sería destronado como la opción de menor calidad pero drásticamente más práctica para escuchar música, primero por el CD y luego por la descarga de MP3 y el streaming. Pero antes de morir nos dejó un legado magnífico, mágico, maravilloso: nos dejó el mixtape.



Antes del cassette sí era posible hacer mezclas de música personales, pero no cualquiera podía hacerlo. El equipo necesario para grabar con los medios disponibles en ese tiempo era especializado o impráctico y estaba fuera del alcance de la mayoría de la gente. Como Philips no ideó el cartucho para cinta magnética, el cassette no dio a luz al mixtape, pero sí lo popularizó. Las cintas eran asequibles, una grabadora también lo era; cualquiera podía hacer una lista de reproducción a la medida, ya fuera para el transcurso al trabajo, para hacer ejercicio, para compartir tus canciones favoritas: para la ocasión que fuera, por la razón que fuera. Es una apropiación de las creaciones de otrxs para crear algo tú; es un ejercicio curatorial, reinterpretativo y de homenaje; es un arte popular. Como colectivo comenzamos a hacer mezclas y no nos hemos detenido.

A mí siempre me ha encantado hacer mezclas; de hecho, es así como empecé a escuchar música. Descargaba canciones con Frostwire (primo de Limewire aún más virulento) y quemaba CDs para poder escucharlas en el coche. Al principio, la lógica organizativa detrás de esas primeras listas de reproducción era nula —me apagaba al orden alfabético de los títulos— pero con el tiempo comencé a darme cuenta de la importancia del orden y la secuencia: que si ponía esta canción primero, su energía influiría en el resto de las canciones; que estas dos rolas se complementaban perfectamente, que debían ir juntas; que terminar con esta pista dejaría un sabor de boca agridulce, mientras que la otra ocasionaba un empalagamiento. Mi arsenal musical era limitado, pero ahora las posibilidades son ilimitadas; conforme mi arsenal ha incrementado en tamaño, el límite se aleja más y más. Comencé a hacer mezclas y no me he detenido



Por Mathías Ball Escamilla

Quiero cerrar mi texto compartiendo con ustedes una mezcla mía y mi proceso para hacerla. Le planteé esta idea a mis compañerxs como un instructivo, pero tendría que ser muy arrogante para creer tener la autoridad de hacer eso (y no, sólo soy un poquito arrogante). El acto de hacer una mezcla, una playlist, es completamente personal, cada quien tiene su manera. Ésta es mi manera, mi receta; les estoy enseñando mis notas. ¿Por qué? Por el simple placer de compartir algo que amamos con gente que ama lo mismo.

Sólo por diversión, y porque les debemos la proliferación de esta bella actividad, quiero tratar esta playlist como un mixtape; es decir, me voy a pegar a las características de ese medio: cantidad de minutos limitada, dos lados (A y B). Vale, pues, comencemos.

1

Lo primero que hago es determinar la cantidad de pistas. Puede parecer tentador incluir tantas canciones como sea posible, pero en realidad creo que eso es perjudicial para la experiencia del escucha. Un exceso de elementos individuales, sin importar cuán breves sean, dificultará que el escucha se familiarice con cada uno, y gran parte del duro trabajo curatorial no será apreciado. En los últimos años he trabajado casi exclusivamente con trece, ya que siento que ese número me concede la mayor libertad creativa, al mismo tiempo que me permite mantener el control. A veces trabajaré con menos, pero no me siento cómodo con más.

Generalmente estaré tomando notas mentales sobre las canciones que quiero usar para mi próxima lista de reproducción y no es hasta tener un número con el que sienta que ya tiene forma (usualmente no menos de siete) que me sentaré para ordenarlas y llenar los espacios vacíos. Las primeras cosas que determino son las canciones de apertura y cierre, ya que una presentación y despedida adecuadas son vitales y requieren mucha reflexión. Una opción común es tomar una canción que ya cumpla esta función en su álbum de origen. Éste es el caso especialmente con el principio, ya que muchas canciones simplemente se sienten incómodas como introducción, sin ningún precedente. De todas formas, siento una satisfacción especial—un sentimiento más profundo de reinterpretación y apropiación—al encontrar una canción no hecha a medida para este propósito que se adapte perfectamente al trabajo —tal vez una pista tres o, para más placer, una canción de cierre como apertura, y viceversa—.

3

Ahora, en este punto tendré dos pistas listas y, en el caso de esta lista de reproducción, me quedarán once pistas por elegir. Tengo una

base sólida en la que confío para apoyar mi esfuerzo y, al igual que en la construcción de un puente (un tema en el que obviamente soy un experto), se debe construir desde los extremos hacia el centro. Entonces, basándome en lo que la primera canción establece, escojo la siguiente y, en el otro extremo, pienso en qué pista resaltará más efectivamente los aspectos más potentes de la última canción. También me gusta trabajar en bloques de significado, grupos de canciones que funcionan bien juntas. Estos bloques deben ser lo más matizados que se pueda, con canciones que se complementen entre sí debido a sus diferencias. El tono y la intención deberían fluctuar. Normalmente trabajo con tres bloques, aunque a veces cuatro parecen más naturales dada la selección de canciones: el bloque A gira en torno a la pista de apertura; el bloque C trabaja para construir hasta el cierre; el bloque B funge fungé como el lazo.

Entonces, ya que presenté mi plan de trabajo general, ¿entramos en los detalles de esta playlist en específico?

A

Escogí “Pink Up”, de Spoon, como la primera canción, porque siento que funciona de maravilla como introducción, aunque sea la quinta pista del álbum *Hot Thoughts* (2017). Se desenvuelve lentamente, sumando elemento tras elemento a su textura musical suntuosa, e incrementa en intensidad, antes de atenuarse hacia el final. La experiencia es prácticamente hipnótica y siento que hace un excelente trabajo captando la atención del escucha. Quería que le siguiera algo que contrastara con su vibra experimental, así que elegí “Heretic” de Lady Lamb, una canción de rock más sencilla con un sonido jovial y despreocupado. Además, la transición de “Pink Up” a “Heretic” y de ésta a la siguiente pista, “Cornelia and Jane” de Yo La Tengo, me pareció muy chida porque pasa de calma a explosividad y de nuevo a calma (empieza y termina con un beat de batería tartamudeante). De nuevo me fui por el contraste, porque esta canción de Yo La Tengo es pura tranquilidad de principio a fin. La canción sí tiene climaxes, pero se tratan de colinas, no de montañas. El primer bloque termina con “Heat Wave” de Snail Mail y de nuevo hay un cambio de humor marcado. Se asemeja más a “Heretic” en intensidad, pero en cuestión de tono es más sombría, más emocional y pesada.

B

El centro de este puente obviamente fue la última sección que ideé. Ya sabía que el bloque final iba a estar algo denso, así que necesitaba ofrecerle un respiro al escucha en algún momento. Escogí tres canciones más directas, sencillas y breves —“Along for the Ride” de The Bronx, “Humility” de Gorillaz y “Overflows” de Superchunk— para alivianar las cosas. Además, tenía otro par de canciones que quedaban perfecto juntas —“Entombed” de Deftones y “Punk Kid” de Joan of Arc, cuya transición parece casi intencional, así de bien embonan— que había intentado poner antes de “Third Instrumental” sin mucho éxito. Mi intención inicial era que “Entombed” le siguiera a “Heat Wave” y “Overflows” diera lugar a “You Always Win”, pero no terminaba de convencerme. Al final invertí esas secciones y terminé con una playlist que me encanta; siento que todas las canciones funcionan muy bien y la escucho todo el tiempo. XOXO GOSSIP GIRL



C

Desde el principio no sólo supe que “Shine” de Petal sería el cierre de la playlist, sino que iría acompañada de “Third Instrumental” de Sharks Keep Moving. La canción de Petal tiene un peso emocional y un sentimiento de finalidad que considero no se aprovecha al máximo en *Magic Gone* (2018), donde es la séptima pista. “Third Instrumental” es una pieza instrumental (duh) de diez minutos con un final estremecedero; esperaba que esas dos características ayudaran a resaltar aún más la hermosa letra y la ternura musical de “Shine”, y convirtieran al cierre en uno realmente potente. Tras la lenta y finalmente explosiva “You Always Win” de Protomartyr, la divertida “Adult Fear” de Holy Wave precede ese final sombrío.

"MIXTAPES"

SIDE A

"PINK UP"-SPOON

"HERETIC"-LADY LAMB

"CORNELIA & JANE"
- YO LATENGO

"HEAT WAVE"-
SNAIL MAIL



Por Mathias Ball Escamilla

"ALONG FOR THE RIDE"
- THE BRONX

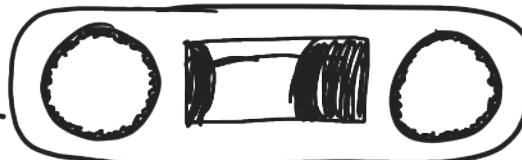
"HUMILITY"-GORILLAZ

"OVERFLOWS"-SUPERCHUNK

"MIXTAPES"

SIDE B

- "ENTOMBED"
- DEFTONES
- "PUNK KID"
- JOAN OF ARC
- "YOU ALWAYS WIN"
- PROTOMARTYR



Por Mathias Ball Escamilla

- "ADULT FEAR"
- HOLY WAVE
- "THIRD INSTRUMENTAL"
- SHARKS KEEP MOVING
- "SHINE"- PEDAL

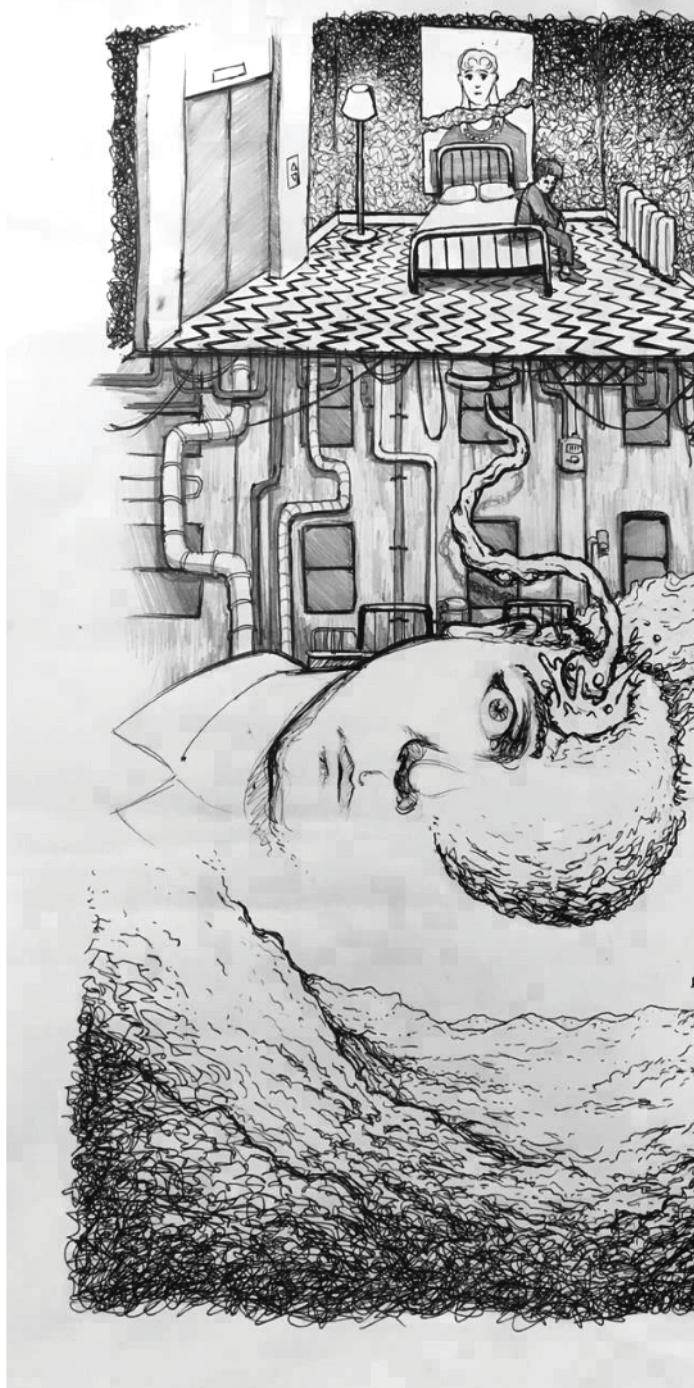
EL HOMBRE EN EL PLANETA

Pareciera que comienza en el estómago. Similar al hambre de un cigarro, la que no puede ser sanada por comida. Son como náuseas, sientes que en cualquier momento vas a vomitar, pero por más grande que sea el esfuerzo nada sale. A lo mucho un nudo en la garganta, que dificulta las palabras, pero no más que eso. Por años creí que esas náuseas venían de abajo; que antes del estómago empezaban en el intestino e iban subiendo hasta llegar a la garganta. Pero no nace de adentro, de las tripas. Que estas se retuerzan no es el causante; es uno de los efectos. Me tomó años darme cuenta que venía de arriba. Del oído.

Se adhiere al estómago, porque tradicionalmente el miedo habita el torso, pero nace del sonido. De lo que escuché en el campo abandonado y en la cafetería atascada. Es una disonancia; un malentendido entre lo que no puedes dejar de escuchar y lo que tu alma te grita que es. La cabeza se involucra sin lograr mucho. Es un mediador inútil que por casualidad se encuentra entre la cóclea y la bilis. Porque si cierras los ojos no ves, si dejas de respirar no hueles, si la lengua no toca nada no puede probar y en sueños el cuerpo flota inerte sin sentir el roce del tacto. Pero el oído es el partido Nazi. Es el estado comunista y el líder del culto. O eres o no. O escuchas, por más mínimo que sea, el incesante retumbe que estremece al corazón y te deja sin aire, o te revientas el tímpano con una escopeta, con la esperanza de que no escuchar sea mejor. Un monstruo siempre presente que puedes, en los más desesperados intentos, hacer retroceder o ralentizar unos metros, pero que nunca se detiene.

Por Alex Ramírez Noreña

Ilustración de Sebastián Scott Rico



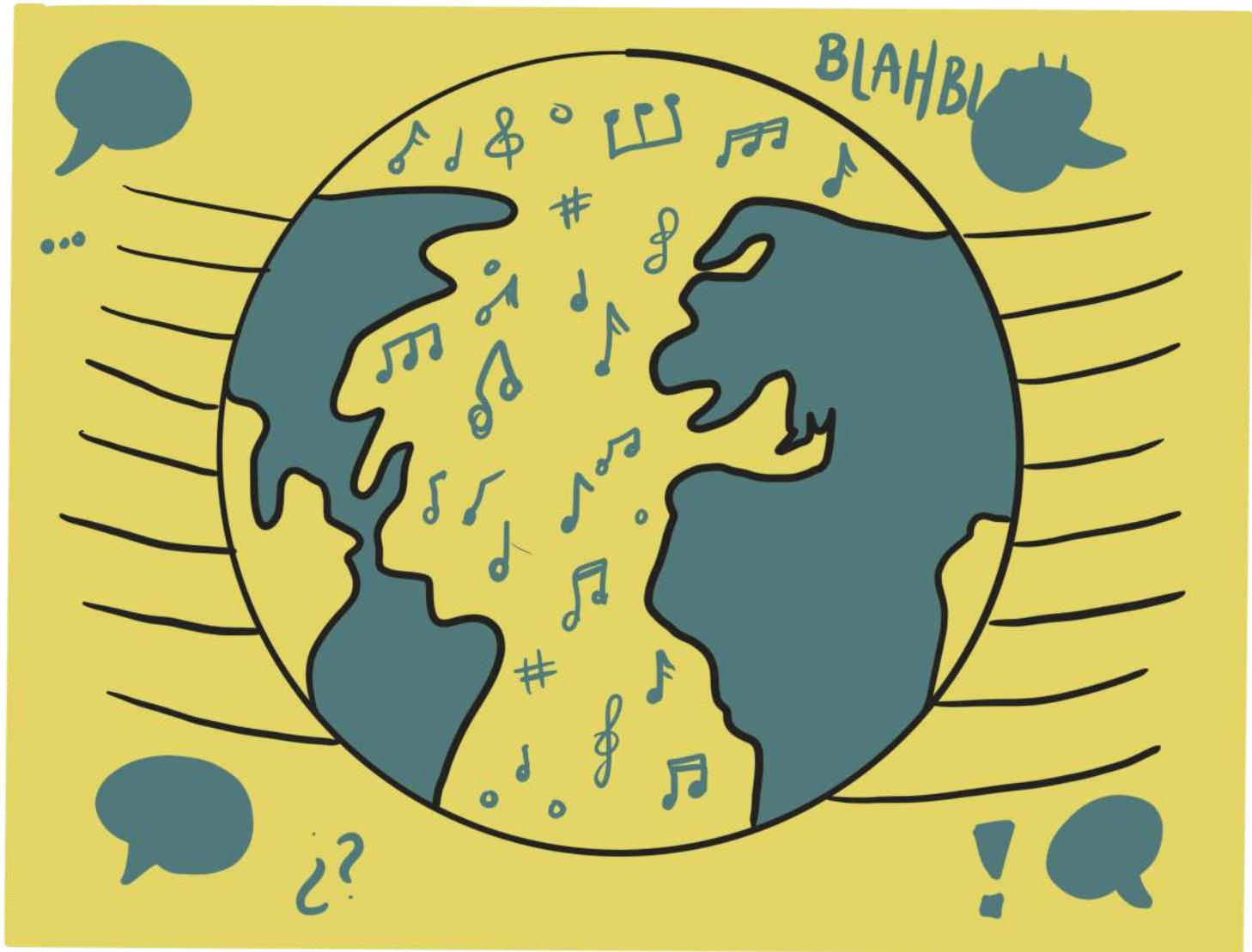
Lo escuché por primera vez cuando tenía cinco o seis años. Sentí que me iba a morir. No sé si fue un domingo, pero se sentía como un domingo. En mi memoria, la cual nació ese día, hay una imagen de la lluvia, golpeando el ventanal de mi cuarto en completo silencio. La televisión también está prendida, pero alguien, o algo, la puso en silencio. El ronquido de mis padres debió haberse curado porque de su cuarto no se escuchaba nada. Aun asomándome a la pequeña privada, mirando hacia fuera buscando ayuda, tal vez del vecino unos años mayor con el que ando en bicicleta o del que barría las hojas, aun así, no logré escuchar nada más. Bien pudieron haber estado mi vecino y el de las hojas y mis abuelos y la primera niña de la que me enamoré justo afuera de mi casa, reventando el timbre y a dos de tumbar la puerta. Yo no escuchaba más que la maquinaria.



Consumido por el morbo, ya que el sonido comenzó como un secreto tenue, me levanté y fui a buscarlo. Si levantaba la mano podía sentirlo: era como agua seca, como clavarte en una piscina de mercurio. Te sabías rodeado, pero no podías probarlo, no había señal ni evidencia. Y mi mano, la primera en sentirlo, guío al resto de mi cuerpo dentro de esa nada, ausente de todo sentido que no fuera auditivo. Perdí la vista (no sé cuándo o si es que la recuperé) dejé de respirar, me tragué la lengua y me hundí en las fauces de Hermes el griego. Estaba en paz. Solo con mis dos agujeros a cada lado de la cabeza, ronroneando vagamente aquello que tanto me aterra. Y así estuve dos, o tres, o tal vez cuatro siglos, suspendido en la pila de heno. O tal vez fue un instante ya que, con el mismo suspiro fortuito con el que entré, desde lo más alto se me juzgó y se me expulsó. Creo que fue la primera vez que lloré, no por caerme del columpio o por berrinche, tras salir sentí tanta tristeza que no pude si no llorar a cántaros. Lo único que le gana al miedo de haber entrado fue el terror de haber sido expulsado.

Mi cuerpo es más grande, más fuerte; mi mente ha tenido décadas para sopor tar las decepciones y los meses de parálisis, he aprendido a lidiar con lo que hace un año me destrozaba, con lo que hace seis meses era una idea, una preocupación hipotética, y que hoy se ha convertido en una realidad más. He crecido, he aprendido y he podido con todo lo que ha venido y sé que podré con lo que vendrá.

Pero ahora, ahora mismo, lo escucho. Con la misma intensidad que la primera vez. Y por la columna siento el frío, el mismo que la recorrió ese domingo. Sabe lo cerca que estuve aquel día y hoy se burla de mí. Se burla porque sabe y porque, por más que intente, yo no lo sé, y eso él lo sabe. En este momento, en este mismo instante, lo escucho. Y por más enterrado que esté, por más esfuer zo que hagas por mantenerlo sofocado, tú sabes que también lo escuchas.



Por Mariana Sánchez López Santibañez

MUSI ¿qué?

Tanto en clase como en la vida cotidiana han sido varias las veces que he terminado discutiendo qué es la música. En este texto no pretendo encontrar una respuesta definitiva, sino que, por el contrario, mi intención es más bien que el lector logre comprender por qué no la hay. Para esto, me gustaría empezar con una serie de definiciones que han aparecido a lo largo de mi vida. En la primaria me enseñaron a definir música como "la combinación de melodía, ritmo y armonía"; la RAE –conocida por muchos como la fuente más confiable para consultar términos– entre sus múltiples definiciones, dice que la música es el "arte de combinar los sonidos de la voz humana o de los instrumentos, o de unos y otros a la vez, de suerte que produzcan deleite, conmoviendo la sensibilidad, ya sea alegre o tristemente". Sin embargo todas éstas definiciones obedecen únicamente a la perspectiva occidental (o bien, de las músicas no-folclóricas de origen principalmente europeo), como suele suceder.

Por otro lado, John Blacking (etnomusicólogo y antropólogo inglés) se limitó a definir la música como "sonidos humanamente organizados"; aquí ya tenemos una visión más amplia, ya que se cumple el primer punto básico, que es que para tener música necesitamos del humano y todo lo que esto implica (osease: su sensibilidad, capacidad de reflexión y razonamiento, etc.). Ahora bien, en el aspecto más técnico, incluso con esta definición estamos un poco cortos, ya que para hacer música se necesitan, efectivamente, patrones de sonido, pero para que éstos existan se necesitan intercaladamente patrones de silencios.

Hasta ahora, entonces, podríamos decir que la definición más acertada sería algo como: "La combinación de sonidos y silencios humanamente organizados"; en esta acotación no se podría argumentar la falta de inclusión social, en el sentido de que es lo suficientemente amplio y por lo tanto no excluye las distintas percepciones musicales que podrían existir, o bien la falta de mención de todos los aspectos físicos que se necesitan para crear música. Sin embargo, Borges cita a Schopenhauer diciendo que "la música no es algo que se agrega al mundo; la música ya es un mundo." En este caso, entramos a otra perspectiva completamente nueva, en la cual se propone que la música (¿la combinación de sonidos y silencios organizados?) podría existir sin la presencia del humano. Sin embargo, ¿acaso existiría la música si no existiera la humanidad? Entonces ¿la música es y el humano sólo la nombra o, en el sentido opuesto, es la sensibilidad y conciencia de las personas la que permite dotar de significados a los sonidos que nos rodean? En otras palabras: ¿qué fue primero, el hombre o la música?

Y es que, efectivamente, el humano no necesariamente tiene que “crear” la música, ya que existen culturas en las que la música es en todas las cosas (en el viento, en los animales y en la naturaleza en general) y la sociedad sólo decide darle el nombre; es decir, el concepto de “música” no debería limitarse a la intervención humana del sonido.

Pero ¿no seguiríamos teniendo la misma problemática, ya que el humano seguiría en cierta medida creando la música al nombrarla? Y, al mismo tiempo, ¿hasta qué punto podríamos llamarlo realmente una creación en vez de solamente un nombramiento de algo que ya existiría? En este caso, entonces, ¿sí necesita existir el humano para nombrar aquello que universalmente acaba refiriéndose a la música?

Podría aventurarme a plantear que no necesariamente tendría que ser una antes que la otra: tal vez ambas existen en una especie de relación simbiótica, en la que la música, sin descartar que pueda existir independientemente del humano, necesita de la apreciación y creatividad de éste para existir en una forma determinada (ordenada y sistemática), así como la especie humana necesita de la música como forma de expresión para manifestarse más allá del entendimiento concreto.

Aquí podría también mencionar el punto de cómo cada cultura ha concebido la música, ya que, a mi parecer, en la nuestra el concepto se queda bastante corto en comparación con las otras: para algunas sociedades, la música no se limita al “sonido”, sino que lo que para ellos es música implica también danza, rituales, etc. Christopher Small sugiere en su libro “Musicking” (1998) que la música debería de ser, más que un sustantivo, un verbo, puesto que el musicar va más allá de escuchar o tocar música.

Como aclaré en un principio, y espero que el lector que haya llegado este punto coincida conmigo, no llegaremos ni aquí ni en ningún texto a una conclusión universal de lo que es la música. Es entonces cuando me pregunto: ¿es realmente necesario? Me parece que, aun si no llegamos a contestar la pregunta “¿Qué es la música?”, creo que sí podemos llegar a una conclusión: la pregunta inicial, en realidad, la he tratado de contestar múltiples veces a lo largo del texto aportando diferentes perspectivas; por lo tanto, la primera conclusión es que se trata de una pregunta con muchas respuestas.

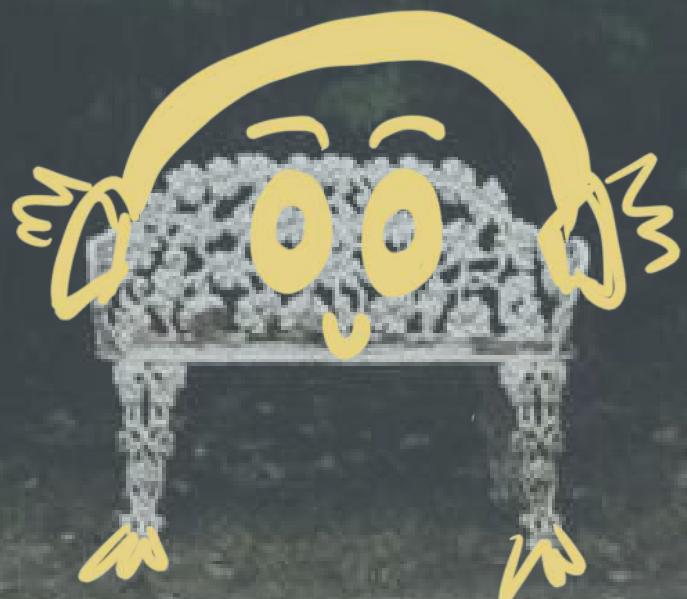
Ahora bien, ¿por qué, tratándose de un fenómeno universal en todos los sentidos (geográfico, histórico, social, etc.), no podemos encontrar siquiera un poco de homogeneidad? Citando a Timothy Rice en su texto “Toward the remodeling of ethnomusicology” (1987) , la música se crea socialmente y se transmite históricamente, pero se concibe individualmente. Por lo tanto, todos los puntos que aquí he presentado en realidad no se pelean entre sí, sino que existen en la realidad individual, social e histórica en la que fueron ideados.

Finalmente, considero que lo mismo pasa con todas las artes (¿con todas las cosas?) porque, si bien es válido que uno como individuo no acepte o no comprenda alguna idea o corriente diferente a las suyas, siempre es necesario considerar sus contextos y tomar en cuenta que probablemente dentro de ellos cobren un sentido diferente; abrir la mente hacia nuevos horizontes es necesario para la cognición de las artes, ya que es a través de esta percepción individual que surge la novedad.

Llevábamos unas cuantas horas sentados frente a frente. El día había sido largo, horas interminables de clase seguidas por un “¿te puedo contar algo?”, que llevó al instante en el que nos encontrábamos. Era el martes de una semana sin importancia; aprovechamos que mi mamá no estaba en casa para poder salir sin permiso y nos sentamos en uno de mis restaurantes favoritos cerca del Parque México a comer un burrito en el que aún pienso cuando el hambre se adueña de mí. Es un lugar que sólo visito con personas queridas, quizás es como un ritual de pasaje, una iniciación: si te gustan estos burritos podemos ser amigos por siempre. Es una locura. Hay tres mesas disponibles, son angostas, un poco apretadas, y durante toda la comida no podía evitar pensar si los vecinos de la mesa a la derecha estudiaban nuestra conversación. ¿Qué opinarán? ¿Se darán cuenta que no tengo idea de lo que estoy haciendo? ¿Que llevo media hora deseando que Andrés no le haya contado esto a nadie nunca? ¿Que ser la persona elegida para compartir sus preocupaciones me llena el corazón de alegría? Sonaba “No Woman” de Whitney en las bocinas del local, y de nuevo me encontraba frente a la tarea de evitar tararear en público una canción conocida.

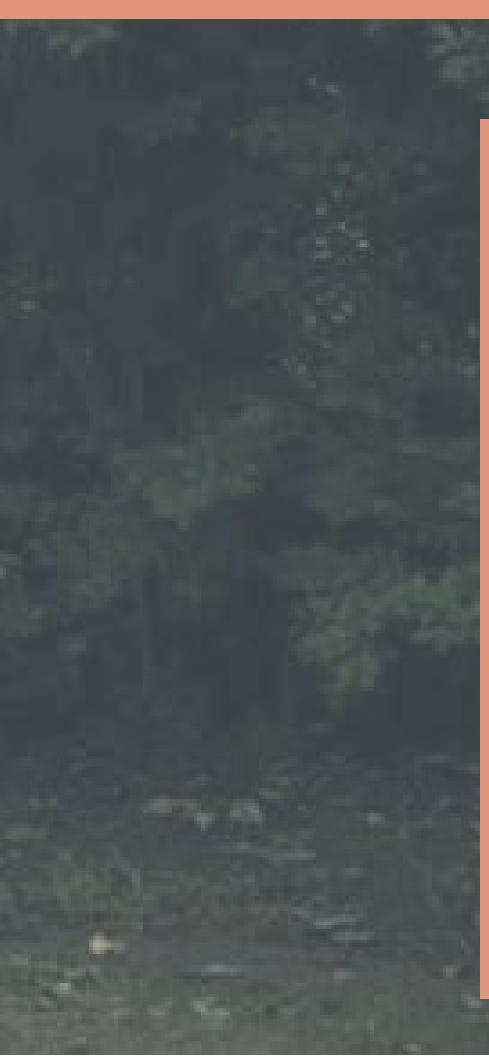
martes

Por Clara Hoffman





Andrés y yo teníamos poco tiempo de conocernos, y menos de considerarnos cercanos. Pasé más de dieciséis años en la misma escuela, y al salir, pensé que nunca haría amigos nuevos. Pensé que todos los mejores amigos que tendría en la vida serían los que ya conocía y admito, me encontraba completamente satisfecha con mi destino. Andrés se viste colorido, es punk, parece tener la cabeza llena de datos curiosos y la explicación de su peculiar forma de caminar es “que lleva más de la mitad de su vida patinando y ya está acostumbrado a ir sobre ruedas”. Andrés, sin saberlo, y en menos de lo que tardamos en comer un burrito, eliminó uno por uno a los miedos que me perseguían. Me contaba sobre Hipnosis y una noche perturbadora causada por su novia; me contaba sobre intentos musicales y de Car Seat Headrest; y así, como por arte de magia, todas mis preocupaciones y dudas sobre el futuro se esfumaban; porque si mis elecciones pasadas me llevaron a conocer a alguien como Andrés, no podían haber estado tan mal.



Caminé a mi casa al terminar la comida, posiblemente escuchando “Body” de Julia Jacklin, porque era una obsesión de esos momentos, bajo el sol de marzo que parecía sólo desear desafiar mi buen humor. Las calles eran las mismas y el camino el de siempre: Ámsterdam, Ozuluama, Nuevo León. El paisaje que me había acompañado durante casi veintiún años de vida y a unos pasos de mi casa, durante los últimos segundos de “Car Park” de Fenne Lily; recuerdo haber pensado lo mágico que era crecer. Pensé en decisiones pasadas, en miedos inexplicables, en vergüenzas innecesarias y en su nula importancia. Pensé en la incertidumbre futura, en la música que descubriré y las personas que me quedan por conocer. Pasé frente a la librería que se encuentra a unas cuadras de mi casa, pasé frente a fachadas queridas y sobre banquetas cuyos relieves puedo describir de memoria; y antes de cerrar la puerta con llave, pensé que quizá había sido un martes de una semana con importancia.

POSIBILIDADES SINFÓNICAS DE UN PARENTESCO INFAUSTO

Por Bruno Armendáriz Torroella



Es indispensable estar emparentado con un mocoso genial, o al menos con un infante que, en medio de una reunión familiar anodina, sea capaz de improvisar obras impresionantes en la pianola. Es decir que los primitos, por más espantosos o ignorados, esconden en su ligera y perspicaz figura inadvertidos arrebatos orquestales. Eso sí, para que la pauta que estoy por revelar en efecto funcione, es necesario que su minúsculo pariente, llámese primo, le sea del todo indiferente, completamente desapercibido. De hecho, si no puede pensar en uno, mejor.

Todo comenzó porque, desde hace poco más de tres años, he tenido un sueño recurrente: se trata de un onirismo terrible en donde, sin previo aviso, mi primo de seis años se abre paso entre mis numerosos tíos y sobrinos, e improvisa una pieza inédita de Wagner en una pianola de 346 teclas, que mi abuela había traído orgullosamente de la casa de su prima segunda. (Evidentemente, la pianola de la que hablo no era cualquier pianola; ésta se resistía a las pequeñas manos de mi pariente con rechinidos percusivos. Y de alguna exquisita y decidida manera, mi primo hacía que Wagner sonara levemente jazzeado, pero sin perderle el respeto, claro está. El gran problema era que, según las normas de la pianola, la música de Wagner

no debía celebrar cadencias pomposas ni explicitar el *feeling*; sin embargo, a pesar de la empecinada protesta lignaria, las teclas terminaban por sucumbir al herético prodigo.) Curiosas son las insospechadas motivaciones del sueño que, sin mayor esfuerzo, culminan sus caprichos en grandes sonatas o ficciones enmarañadas de rostros consabidos: más allá de su deleite o su sufrimiento, ambos vienen siendo la misma pesadilla.

Al despertar de aquel sueño por primera vez, ocurrieron todo tipo de situaciones comprometedoras: por la mañana, los testigos de Jehová no tocaron mi puerta,

ni la de mis abuelos, ni la de mis tíos (hay que decir que somos todos vecinos, y cada lunes los testigos de Jehová sostenían breves y acartonadas conversaciones con mis tíos o mis abuelos, que los recibían sin remedio en su puerta.); al salir por el periódico,

mi abuelo me hizo notar una parvada de cuervos que sobrevolaban la casa; cuando me dispuse a probar mi desayuno, mordí el omelette, hambriento, y, al instante, una astrosa melodía retumbó en mis oídos. Pensando que los ingredientes estaban caducos o el platillo estaba maldito –en el mejor de los casos–, lo abandoné en la mesa, pero la melodía permanecía en mi mente con pegajosa tortura.

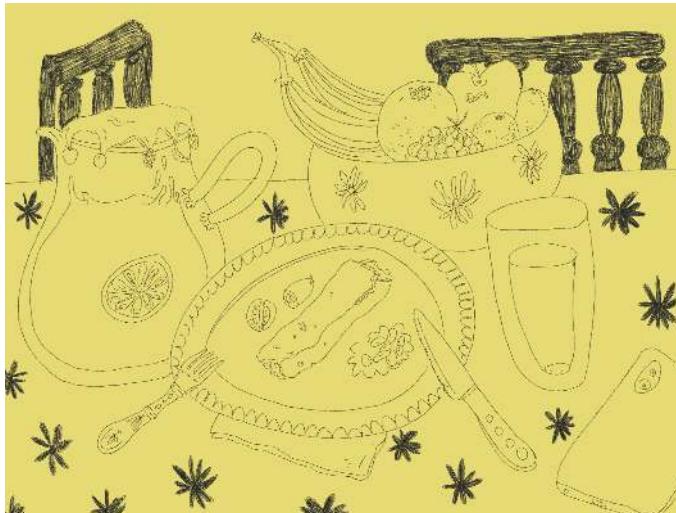


Ilustración de Mariana Rodríguez Marín

Un poco desquiciado por ese impenitente asedio melódico, interioricé la tonada e intenté dar con esa música en algún rincón del desorden de discos acumulados por la familia. Habré tocado unas decenas de ellos hasta dar con una pieza que se le aproximaba aterradoramente... Tartini había asegurado haber escrito esa música con la ayuda del diablo en un sueño, sin embargo, tras las misteriosas vicisitudes musicales en mi vida onírica, no pude evitar dudar sobre la veracidad del relato... Lo cierto es que Tartini no soñó con el diablo ni con posesiones demoníacas; en realidad, el tipo quiso anonimizar y dramatizar la amenazante y talentosa presencia onírica de su primo, quien fue el verdadero intérprete de la pieza.



Ilustración de Mariana Rodríguez Marín

Desde luego que el título “El trino de mi primo” implica, además de un ripio espantoso y una frivolidad inadecuada, un peligroso potencial piropesco digno de eternos camelos; por eso Tartini optó por encubrir a su primo bajo el nombre de “Diablo”.

La frescura histórica que arrojaba este pensamiento me llevó a repasar otras obras igual de eminentes y portentosas, de modo que llegué al poco tiempo a otro polémico músico. Hubo que realizar una exhaustiva investigación diacrónico-genealógica para descubrir que la noche del 14 de marzo del año 1787, en una lúgubre habitación en Génova, Italia, Lorenzo Bocciardo despertó atormentado de un sueño en el que su primo de 5 años muestra los desplantes de virtuosismo violinístico más temibles. Entonces, su primo Niccolò Paganini comenzaba a estudiar la mandolina con su padre...

Extasiado por los hallazgos, vislumbraba lo que podría ser el patrón más inesperado y estrambótico en la historia del arte: una persona nace, se desarrolla, sueña con un primo infante tocando una pieza, despierta, la transcribe y, casi simultáneamente y sin saberlo, escribe su nombre en los libros de historia musical. Esta curiosa concatenación parecía infalible y su aparente azar había trascendido desde hace ya mucho tiempo los confines de la música clásica, infiltrándose incluso en la popular “(I can't get no) Satisfaction”, de los Rolling Stones.

La espontánea revelación implicaba un descubrimiento maravilloso y, a la vez, una pavorosa verdad: por un lado, había descriptado de manera fortuita el secreto compositivo más imprevisto y la fórmula directa a toda obra maestra musical, pero, por otro lado, una formidable pieza clásica se me presentaba frecuentemente por las noches y yo era incapaz de retenerla en mi memoria y mucho menos transcribirla al despertar. Este fenómeno no podía significar otra cosa que una fisura irrepetible dentro del implacable orden genealógico-músico-prodigioso. Evidentemente, el sueño no me correspondía y, muy a mi pesar, cargaba con una enorme responsabilidad.

En estos casos en donde uno resulta ser la singularidad espacio-tiempo que interrumpe un orden superior, sólo queda resignarse a quién sabe cuántos males vitalicios; no obstante, para esclarecer un poco mi penosa situación, era pertinente un minucioso rastreo de la estirpe wagneriana para infligirme una necesaria dosis de autosuspensión. Tras largas horas de revisiones genealógicas, di finalmente con un primo lejano de Richard Wagner, que tuvo una muerte prematura y del todo improbable. Sorprendentemente, el señor Otto Pätz, hombre de 34 años en aquel entonces, murió de una asfixia mecánica provocada súbitamente por un gran pedazo de omelette, que quedó atascado en su garganta y obstruyó sus vías respiratorias. Al leer aquello tuve una intensa sensación de por supuesto, de pero claro, de cómo no lo había pensado antes. Entonces abandoné la investigación de una vez por todas, no sin antes musitar unos torpes rezos por eso de los sinos funestos.

Hasta la fecha no ha habido rastro de los testigos de Jehová por nuestro vecindario, los cuervos continúan sobrevolando nuestra casa y, desde luego, los omelettes y sus derivados han quedado estrictamente prohibidos. Por suerte, la noche pasada no presencié ninguna novedad musical proveniente de un infante conocido ni de pianolas monstruosas y, en cambio, soñé con el diablo, que pastoreaba primorosamente su rebaño de ovejas negras al ritmo de “La Reina de la Noche”.

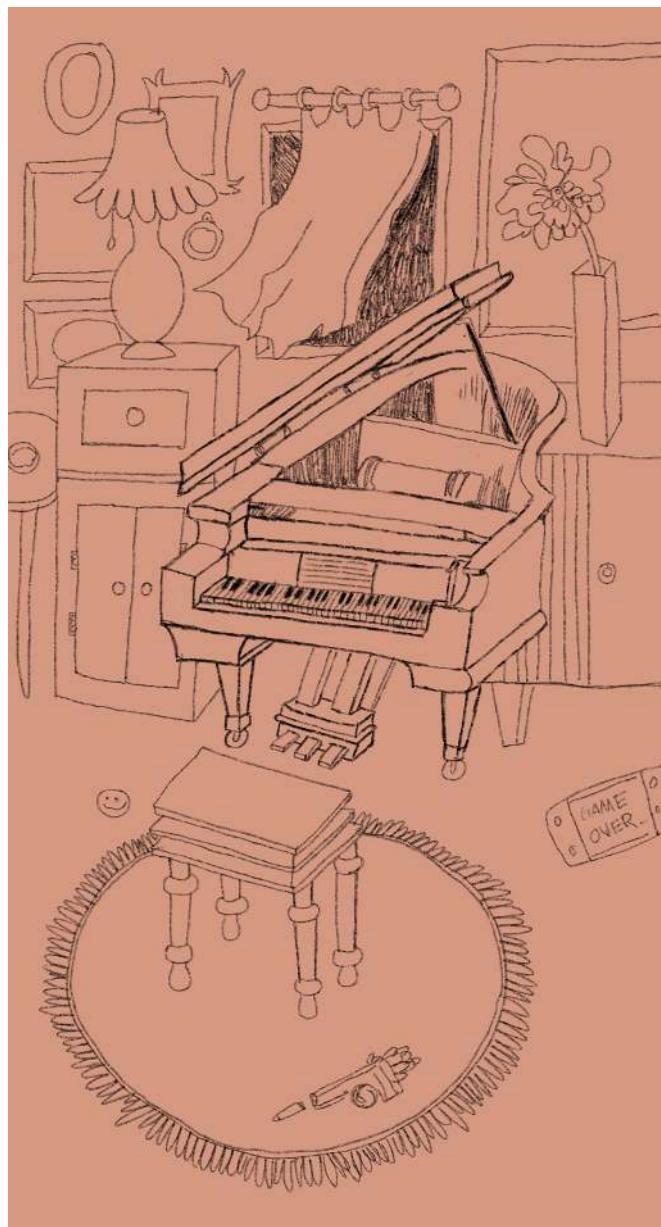


Ilustración de Mariana Rodríguez Marín

SILENCIO

Por Mariana Sánchez López Santibáñez

¿Existe el
silencio?
Yo lo puedo leer en
una partitura,
de un tiempo, dos tiempos, tres
tiempos, lo que resta del compás.
¿Pero existe realmente?

Aun cuando la maestra
con todas sus fuerzas
exclame “SILENCIO”,
los pájaros afuera seguirán
cantando,
el viento seguirá soplando,
y los árboles, burlones,
seguirán sonando.

Dicen que en el espacio
se encuentra el silencio absoluto;
pero ningún astronauta
asegura haberlo escuchado.

En la Tierra existe también
una cámara terrible,
en la que al encerrarse todo es
silencio.
Pero, ¡oh sorpresa!
Incluso ahí no hay silencio:
suenas tú y tus entrañas.

La falta de ruido
no es silencio,
mientras que en la falta de
silencio
siempre habrá ruido.

Como nunca estaremos
conscientes y muertos
el silencio entonces
es un engaño.



Por Alex Ramírez Noreña

¿Cuántos discos puedes escuchar a lo largo de tu vida? ¿Cien mil? ¿Un millón? ¿Cuántos discos habrá en total? ¿Cuántas canciones? ¿Cuántas canciones tiene Spotify? Esa pregunta sí la podemos responder. Según San Google, Spotify tiene treinta y cinco millones de canciones. Google Play (que hasta hace unos segundos ni sabía que existía) tiene cuarenta millones; Apple Music tiene cuarenta y cinco; Youtube Music cincuenta; y Deezer (otra que no tenía ni puta idea de que existía) tiene cincuenta y tres. Obviamente las plataformas van a coincidir en muchas de las canciones y álbumes; seguramente un disco como Thriller o Dark Side of the Moon están en todas. También habrá algunas canciones que estén en Deezer que no estén en Spotify (obviamente), pero esto no significa que haya canciones en Spotify que no estén en Deezer. En total, ¿cuántas habrá? Pongamos como mínimo las cincuenta y tres millones de Deezer. Si sumamos las canciones disponibles de todas las plataformas mencionadas, nos da un total de doscientos veintitrés millones aunque, como ya dijimos, hay muchas que coinciden. Entonces el número está entre cincuenta y tres y doscientas veintitrés.

Sin duda debe haber una fórmula para averiguar cuántas hay, o algún programa profesional que lo calcule, o alguien aún más desocupado que yo que averiguó, con gran destreza matemática y el poder de la virginidad, el número exacto de canciones que hay en las plataformas. No he hecho una operación matemática desde los diecisiete (y me gradué de la prepa a los dieciocho) y mi destreza con las computadoras se limita a Word, Powerpoint y, a veces, iMovie. Lo más probable es que repreuebe este semestre por no saber usar Zoom.

La verdad no me interesa la cifra exacta. Con que medio se acerque la armamos. Entonces, si simplificamos nuestro rango original, el número está entre cincuenta (redondeando esos tres millones) y doscientas (redondeando esos veintitrés millones). (En algún lugar de Coyoacán mi profesor de matemáticas de secundaria está teniendo una embolia.) Digamos que hay unos ciento cincuenta millones en total. Podemos decir que, en promedio, una canción dura entre tres y cinco minutos; teniendo en mente los grupos de post-rock que se excitan con canciones de media hora -los amo, Godspeed You! Black Emperor pero le están dando en la madre a mi cálculo- pero también las canciones de menos de un minuto (véase el primer disco de Daughters o la colección de “Fingertips” de They Might Be Giants), creo que es válido suponer un promedio de cinco minutos por canción. Esto nos da un total de setecientos cincuenta millones de minutos. Agárrense porque se vienen las matemáticas pesadas, papá. Si un día tiene mil cuatrocientos cuarenta minutos entonces escuchar todos los ciento cincuenta millones de canciones tomaría quinientos veinte mil, ochocientos treinta y tres días. Esto, dividido entre trescientos sesenta y cinco, da un total de mil cuatrocientos veintiséis. Two plus two is four, minus one that's three, quick maths. Este total, mil cuatrocientos veintiséis, es cuantos años tomaría escuchar todas las canciones que hay en las plataformas mencionadas (y lo más probable es que haya unos cuantos millones que no estén en ninguna plataforma, pero no quiero complicarme más).

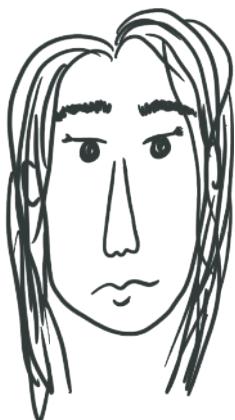
Si quisieras terminar de escuchar todas estas canciones para finales de este año (2020) tendrías que haber empezado en el siglo VI. Tal vez si Mahoma hubiera comenzado a escuchar toda la música que tenemos disponible hoy en día, contando con que no hubiera dormido ni un solo segundo, estaría terminando este año. ¿Cuántas de estas canciones vas a escuchar? ¿El dos por ciento? Solo eso tomaría veintiocho años de escucha ininterrumpida. Te vas a casar con unas docenas, si eres curioso tal vez unos cientos o, máximo, miles de discos a lo largo de tu vida. Y aun así no vas a cubrir ni el uno por ciento del total de música que se ha compuesto, tocado y grabado.

Aunque aquí en Cluster nos las demos de alternativos y eclécticos, incluso si honestamente lo somos, no vamos a cubrir a más de... ¿mil actos musicales? Si muy bien nos, va tal vez diez mil bandas y artistas. Y la verdad es que muchos de los artistas que mencionemos ya los van a conocer. No creo que nuestra intención sea la de decir “mira, éste es un disco chido, deberías escucharlo” aún si nuestros textos o nuestra misión o nuestra visión diga que lo es. Si en algún momento se menciona algo así, te estamos mintiendo. Pero entonces, sigo sin saber cuál sería nuestra intención, entonces. ¿Compartir? Puede ser. Intentar externalizar el amor y la pasión que sentimos por la música a través de la escritura, ¿chance? En una de las juntas dije que nuestro objetivo era “aproximarnos a la música desde todo lo que no es música” y esa frase les mamó a todos. Pero, ¿qué chingados significa?, ¿desde las matemáticas? Léanse los párrafos anteriores como referencia a mi capacidad matemática. ¿Desde la teoría? Sólo Mariana estudia música formalmente. No sé, la verdad. ¿Expresarnos? Uish.

No hay escritos sobre música que, por más buenos que sean, puedan sustituir la experiencia como tal, a la música misma. Creo que sólo estamos pasando el rato. Estamos haciendo lo que, por el momento, nos gusta hacer: escribir, escuchar música y averiguar cómo estos dos se pueden relacionar; arriesgándonos a que ni tengan relación. Y así, plantados ante una derrota segura, nos juntamos dos veces al mes (por el momento en Google Hangouts pero antes de este desmadre en casa de Mathias o de Clara), nos ilusionamos con lo que esto puede llegar a ser y nos regañamos cuando no tenemos los textos listos (muchos de esos regaños van dirigidos a mí). Y ya. No sé si haya más y la verdad no importa. Pero bueno. Si comienzas ahora chance para el año tres mil cuatrocientos cuarenta y seis términos de escuchar toda la música que se ha compuesto hasta ahora. Sin contar la que se compondrá de aquí hasta ese año. En resumen: Combat Rock de The Clash es un disco chido, deberías escucharlo.

Cluster

Equipo



DIRECTORA

MARIANA SÁNCHEZ
LÓPEZ SANTIBAÑEZ

Pseudo-chelista en formación, soy la morra a la que le gusta leer un libro y escuchar el sonido de la lluvia. También me gustan los animalitos, y en general disfruto de mirar a mi alrededor, jugar con las palabras y escribir sobre las músicas.



EDITOR

BRUNO ARMENDÁRIZ
TORROELLA

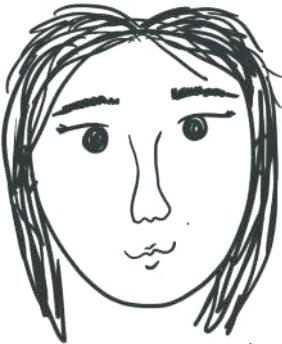
Adicto a la melancolía, las palabras rebuscadas y las lágrimas sencillas; a veces quiero hacer películas en blanco y negro y escribir poemas chidos; aún no sucede, pero estamos en proceso.



EDITOR

MATHIAS BALL
ESCAMILLA

Persona nerviosa. Nada me gusta más que escuchar un buen álbum en el coche. Intento escribir pero rara vez me sale. Soy adicto al Electrolit de coco.



REDACCIÓN

**CLARA HOFFMANN
DE BUEN**

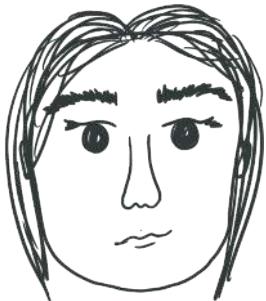
Fiel defensora de los gustos culposos, amante de los podcasts y gran fan de artistas muertos. Hablo hasta por los codos y suelo leer la última página de los libros para saber lo que me espera.



REDACCIÓN

**ALEX RAMÍREZ
NOREÑA**

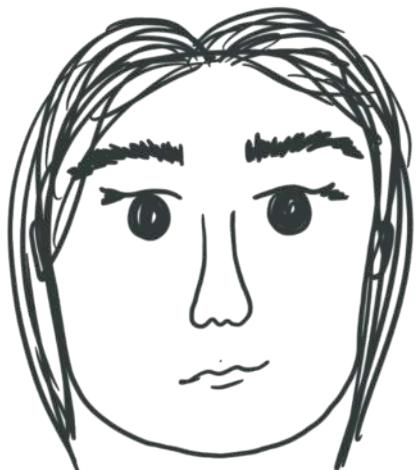
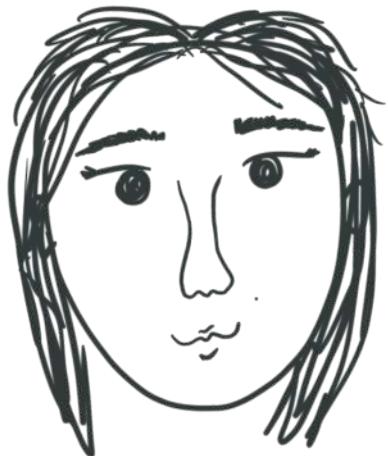
Me gusta el cine, el fut y la música. Me creo Ryan Gosling en Drive, le voy al Ame y mi personalidad está basada en una mezcla de todos los discos de Metronomy.



DISEÑO EDITORIAL

**SABINA SUÁREZ
VALENCIA**

Disque cineasta wannabe cool, pero tengo alma de adolescente de 14 años. Me pienso conocedora, pero siempre escucho las mismas cinco canciones. El diseño es mi pasión (frustrada) y mi personalidad se resume en brillitos de colores.



Cluster